

INTRODUCCIÓN

Nos quedan las palabras

Abril es el mes más cruel: engendra
lilas de la tierra muerta, mezcla
memoria y deseo, con lluvia de primavera
sacude raíces soñolientas.
Calor nos dio el invierno, cubriendo
la tierra con el olvido de la nieve, nutriendo
una pequeña vida con tubérculos secos.

T. S. Eliot, *La tierra baldía*

Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua,
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.
Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.
Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,
si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.

Blas de Otero, “Me queda la palabra”

Miremos a donde miremos han desaparecido buena parte de las siluetas de lo que sabíamos y en lo que creíamos, como si el *sky line* memorizado de ideas y proyectos sociales se hubiera esfumado y nos hubiéramos quedado sin imaginarios fundamentales de una cultura que no hace mucho tiempo llamábamos progresista por oposición a la cultura reaccionaria.

M. Vázquez Montalbán, *Panfleto desde el planeta de los simios*

¿QUIÉN NOS HA ROBADO EL MES DE ABRIL?

Los versos de T. S. Eliot siempre fueron un *Leitmotiv* recurrente en toda la obra literaria de Manuel Vázquez Montalbán, tanto de su narrativa, como la poesía o el ensayo. Imágenes de la tierra baldía, tierra muerta que engendra lilas, raíces soñolientas que reciben la lluvia de primavera, pero promesas de vida que finalmente se truncan, y la siempre amenazante nieve que oculta la tierra con su fría capa de olvido. La mezcla de memoria y deseo, la encrucijada de pasado y futuro, lo que fuimos y queremos ser, e indefectiblemente la conciencia de saber que todos los caminos llevan al mismo final, son referencias constantes en la obra de Vázquez Montalbán. Memoria y deseo dan a su vez título al ciclo poético principal de Vázquez Montalbán *Memoria y deseo* (1963-1996). En mi principio está mi fin, como dicen los versos, también de Eliot, en *Cuatro Cuartetos*.

Abril es de todos los meses el más cruel, porque anuncia y promete, aun sabiendo que casi siempre es sólo una ilusión. Las promesas incumplidas de abril, como la proclamación de la primavera, la llegada de la República, o la Revolución de los claveles, han quedado tantas veces en papel mojado. También en abril, un primero de abril, terminó definitivamente el sueño republicano y se inauguró la larga pesadilla franquista de cuarenta años de represión y silencio. El final feliz de la historia, como se comprueba reiteradamente, es una falsa promesa que no se ve corroborada por la realidad. Abril promete sueños e ilusiones, pero al final ¿qué quedó de aquel abril? ¿Qué quedó de los ideales de la juventud, de la imaginación ilustrada, de la promesa de un mundo mejor, más justo y más igualitario? O para decirlo en palabras de Joaquín Sabina, ese Pepe Carvalho desencantado con guitarra y bombón: “¿Quién nos ha robado el mes de abril?”

El poema inicial del primer poemario de Vázquez Montalbán (*Una educación sentimental*, 1967), sobre la formación de la primera memoria y la identidad, resumía en su título el fracaso de unas vidas colectivas truncadas por la Guerra Civil y la posguerra: “Nada quedó de abril”. El poema final de *Pero el viajero que huye* (1991), con el que concluye *Memoria y deseo*, tres décadas después de *Una educación sentimental*, afirmaba nuevamente en su título, con añadida convicción: “Definitivamente nada quedó de abril”. Era la desencantada constatación de un final de viaje vital, con la sorpresa que guardan todos los círculos, el regreso al punto de partida. O como repiten los versos de Eliot, en mi final está mi principio. Finalmente, nada quedó

de abril. Nada, podríamos decir, excepto quizás la memoria de los deseos incumplidos. Y si bien es cierto que la nostalgia puede ser un estorbo inútil y paralizante, también lo es que la memoria puede hacer surgir el deseo de nuevos abrils, y la imaginación puede hacerlos posibles.

En esta dinámica entre necesidad de memoria y deseo de esperanza, reivindicación del pasado e imaginación de otro futuro posible, afirmación de la identidad y derecho a la utopía, se debate toda la obra de Vázquez Montalbán. La tierra puede ser baldía, el campo seco, y la realidad dura como en los meses más crueles, pero sin embargo, como decía Blas de Otero, incluso en los momentos más aciagos, todavía *nos quedan las palabras*. Todavía nos quedan las esperanzas, la rabia, la indignación, con todo el ruido y la furia. Nos agarramos a las palabras porque son nuestro vínculo principal con los demás y con nosotros mismos, nuestra forma de explicarnos el mundo, conforman la geometría de la razón y la expresión del sentimiento. Nos agarramos a la memoria de nuestra identidad individual y colectiva, y a nuestros deseos personales y compartidos. Así ocurre cuando nos preguntamos quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos, como el gran cuadro interrogante de Paul Gauguin, aquel gran viajero que huía, buscando el horizonte de un mundo diferente por los mares del Sur.

Como Vázquez Montalbán solía recordar, siguiendo a Lewis Carroll, las palabras tienen dueño. Es necesario apropiarse del lenguaje para dejar de ser esclavo. Según la mitología clásica, Prometeo robó el fuego de los dioses para dárselo a los mortales. A manera de metáfora del robo robinhoodiano, se trataba de apoderarse de las palabras, sacarlas del recinto sagrado de los dioses y sus sacerdotes, para compartirlas con los demás. El lenguaje es el instrumento del intelectual para conectar con los demás, explicar el mundo, intervenir en la realidad, verbalizar memorias y deseos. El intelectual comprometido, como nuevo Prometeo, arrebató el lenguaje al poder para dárselo a los que no tienen voz. Nos robaron el mes de abril, podríamos decir, pero somos dueños de las palabras libres, algo que ya no nos pueden quitar.

LAS PALABRAS LIBRES

Las palabras de Vázquez Montalbán resuenan todavía hoy con enorme fuerza, contra esa faulkneriana historia de ruido y furia contada por un idiota, ese intelectual autodenominado “subnormal”, situado al margen

pero sometido a la normalidad del sistema. Sus palabras resuenan frente al marasmo intelectual del nuevo milenio, el desánimo de la actualidad y la desorientación de la crisis –todas las crisis– no sólo la económica y política, sino también la crisis de valores, de memorias, de pérdida de ilusiones, de grandes narrativas, y grandes proyectos. La pérdida de imaginarios, aquellas “siluetas de lo que sabíamos y en lo que creíamos”, como mencionaba al principio del *Panfleto desde el planeta de los simios*. Ante toda esta colección de fracasos, es necesario volverse a preguntar: ¿Quién nos ha robado el mes de abril? Si nos quitan el mes de abril, nos quitan los sueños, las esperanzas, las ilusiones, los deseos de una vida y un mundo mejores. ¿Pues qué quedó del mes de abril? Nos queda la memoria de lo que pudo haber sido y no fue; las ruinas de la ciudad de los deseos, con la progresiva desaparición de los grandes ideales de emancipación, de justicia y equidad social, la erosión de los derechos conquistados a través de décadas de luchas sociales, ante el establecimiento de la feroz dictadura de los mercados. Nos quedan las palabras libres y la posibilidad de hacer ruido con ellas.

En el injustamente poco recordado pero terriblemente actual ensayo utópico y atípico, *La palabra libre en la ciudad libre* (1979), Vázquez Montalbán nos recordaba la capacidad de los grupos oprimidos y marginados de hacerse oír, para resquebrajar los unilaterales mensajes del sistema dirigidos sin posibilidad de *feedback* comunicativo: “Tal vez dispongan de los “ruidos” y sean los ruidos de las manifestaciones, de la contrainformación la única posibilidad de respuesta frente a la conspiración del *mensaje* (19). Frente al ruido y la furia del sistema, y frente al (des)orden establecido por el poder hegemónico, se oponen los ruidos que surgen de la calle, y la furia e indignación de la vanguardia crítica y los grupos desposeídos de poder.

Las palabras de Vázquez Montalbán nos recuerdan también que el sistema genera sus propias crisis, no como una corrupción del modelo, sino como una forma de administración calculada que siempre castiga a los más débiles y desprotegidos, trabajadores, mujeres, jóvenes, inmigrantes y otros sectores marginados, cuyas voces son silenciadas desde el poder. Frente al ruido del poder, Vázquez Montalbán ya había adelantado su propia utopía democrática, una ciudad donde todos sus ciudadanos disponían de los medios de libre expresión e información, tenían una voz pública, como forma de contestación al sistema. Así expresaba la utopía de la palabra y la imagen verdaderamente libres en el epílogo de *La palabra libre en la ciudad libre*, fechado en 1974, en el período inmediato tras la revolución de abril en Portugal. En él

se anticipaba varias décadas a la revolución comunicativa digital que vendría con los últimos años del milenio y la posibilidad de su instrumentalización como forma de movilización y resistencia colectiva a nivel global. En aquel futurista panorama de “la ciudad libre” se imaginaba una globalización tecnológica y comunicativa, hoy en día plenamente alcanzada: la creación de una “ciudad global comunicacionalmente omnipotente” (126), “una posible ciudad global, universal”; la “multipolaridad de los centros de emisión de mensaje” (124); “el teléfono visual, convertido en servicio público al alcance de todos los habitantes de la ciudad libre” (143); “cualquiera puede grabar su propio mensaje televisivo en un cassette y en teoría cualquiera puede reclamar que las cámaras de televisión le enfoquen en su parcela de realidad” (124); y “que cada cual pueda tener en su balcón un pequeño mural electrónico donde abastece al público de su propia interpretación de la noticia o noticias que el ciudadano considera imprescindible transmitir” (142).

De manera visionaria, Vázquez Montalbán se adelantaba a la creación de la red de Internet, la comunicación electrónica global y el universo de blogs, redes sociales, SMS y *smartphones* del nuevo siglo, apreciando la posibilidad de instrumentalizar todos esos nuevos medios para canalizar una auténtica expresión de democracia en libertad y de generar respuestas críticas frente al sistema. Esto es algo que finalmente se ha visto materializado en las grandes movilizaciones sociales de los últimos años, al margen del control de los partidos políticos tradicionales y las instituciones establecidas. Hay mucho ruido y mucha furia. Como también decía Sabina, nos sobran los motivos.

SOMBRAS Y LUCES EN LA CAVERNA

Se cumplen en 2013 justamente diez años del fallecimiento de Vázquez Montalbán. Como no podría ser de otra manera, se nota el enorme vacío que ha dejado en la esfera cultural, en el campo literario, en las páginas periodísticas, y a través de sus comunicaciones e intervenciones públicas. La huella de Vázquez Montalbán es profunda. Nos ha dejado treinta años de Pepe Carvalho rebuscando en las basuras del sistema, persiguiendo sombras, testigo de una desencantada Transición y de un fin de milenio todavía más desencantado. Y miles de páginas de novelas, artículos, ensayos, versos... Cientos de miles de palabras. Sus comentarios y reflexiones, lúcidas e irónicas, han ayudado a muchos a convivir con la realidad, a alumbrar la oscuridad de la

caverna y explicarnos el desorden del orden, a no aceptar la inevitabilidad de las apariencias de la realidad, una realidad que cada vez parece volverse más esperpéntica e irreconocible. Frente al silencio y la oscuridad, la erosión de la memoria, la falsificación de la realidad proyectada en la caverna platónica, y la imposición del pensamiento neoliberal como única gran verdad universal, nos quedan los ecos de sus palabras que resuenan con fuerza. Nos pesa el vacío, pero nos quedan las palabras. La huella que dejó es, efectivamente, profunda. Se apagó su luz, pero cada vez su sombra es más alargada.

El presente libro recoge una serie de largas conversaciones con Vázquez Montalbán mantenidas personalmente por el entrevistador a lo largo de varios años, en paralelo al proceso de investigación sobre su obra que culminaría con la publicación de varios estudios monográficos –*La novela policiaca española* (1994), *Crónica del desencanto: La narrativa de M. Vázquez Montalbán* (Premio Letras de Oro, 1996). La temática de las conversaciones gira en torno a su obra literaria y ensayística, la discusión del contexto histórico y cultural, y la búsqueda de respuestas por parte del intelectual a los retos del presente. Las conversaciones van acompañadas a su vez de dos breves textos del autor relacionados con la temática de las entrevistas, escritos ex profeso como prólogos a los anteriormente mencionados libros del entrevistador. Ni las entrevistas ni los textos del escritor aquí contenidos han aparecido anteriormente como conjunto en forma de libro. Esta serie de reflexiones, escritas y orales, anteriormente publicadas de manera fragmentada o resumida, se ven así ahora reunidas y completas por primera vez.

Las palabras de Vázquez Montalbán nos dejan entrever el rico panorama del pensamiento crítico del autor, que permite dilucidar importantes claves de enorme interés sobre su vasta producción literaria y ensayística, y muestra una radiografía inusual de la evolución de sus preocupaciones y reflexiones sobre la realidad española contemporánea, el desencanto de la Transición y la memoria del pasado, así como el cambiante contexto internacional del fin de la Guerra Fría, la entrada de España en la CEE y la era de la globalización.

Con la reunión de estos textos, y la perspectiva del tiempo transcurrido, este libro posibilita un repaso global al pensamiento de uno de nuestros más importantes intelectuales de los últimos cuarenta años. Ofrece una oportunidad para explorar y aprovechar el pensamiento crítico de Vázquez Montalbán, que sigue siendo de enorme relevancia en nuestros días, particularmente en el contexto de la crisis actual y los tiempos de desorientación, y la continua necesidad de encontrar respuestas a las muchas inquietudes

y retos que nos presenta el futuro. La reivindicación de la memoria histórica, la cultura popular, la hibridación y el mestizaje social, la crítica del poder y la emancipación de los sectores marginales siguen siendo temas de enorme actualidad. Vázquez Montalbán recurría al mito clásico de la cueva platónica para explicar la situación del individuo frente al poder, reducido a un mundo de sombras mistificadoras de la realidad: “El esfuerzo del poder consiste precisamente en basar su fuerza en una progresiva concentración y la debilidad del adversario, nosotros, en un progresivo enclaustramiento en el seno de esa caverna” (*La palabra libre* 35-6). La lucidez característica del pensamiento de Vázquez Montalbán nos incita a salir de la gran cueva platónica en la que nos refugiarnos, caverna poblada por simios que sólo ven sombras. Somos como esos simios, habitantes supervivientes de la destrucción de los ideales humanos, humanistas y humanitarios, y su sustitución por la ideología triunfalista del neoliberalismo instaurado como gran verdad universal. Sus palabras nos incitan todavía en busca de alternativas y esperanzas, hacia la emancipación, la justicia, la equidad, en la creencia de que otro mundo es posible.

De alguna manera, abril siempre vuelve, porque lo necesitamos. La Revolución de los Claveles traía la esperanza de otra primavera: la tierra baldía vuelve a ofrecer promesas, ilusiones, esperanzas. Las raíces sumergidas reviven. Es la primavera de la palabra y la libertad: “Desaparecida la ley del silencio, las bocas se abren, los ojos parecen recuperar las ganas de ver, (...) como raíces latentes de la primavera de la palabra y la imagen libre en la ciudad libre (*La palabra libre* 65). Las promesas pueden quizás parecer entelequias y utopías ilusorias, pero son también realidades necesarias, porque responden a la constatación de Dürrenmatt, reiterada por Vázquez Montalbán en múltiples ocasiones, de que vivimos tiempos nuevos en los que es necesario luchar por lo evidente. Memoria y deseo, compromiso con el pasado y el futuro, crónica crítica y lucha por el ideal, geometría y compasión, como ejes vertebradores de todo un pensamiento y una actitud vital.

IMÁGENES ROTAS: ENTRE LA MEMORIA Y EL DESEO

Manuel Vázquez Montalbán ha sido y es uno de los intelectuales más influyentes en la cultura española contemporánea, con una prolífica y variada expresión literaria y periodística, y merecedor de una larga serie de impor-

tantes galardones tanto en España como en el extranjero. Es a su vez uno de los escritores españoles contemporáneos más leídos y traducidos, con numerosas obras adaptadas al cine y a la televisión. Su multifacética figura como pensador, escritor y periodista resulta sobresaliente y excesiva y por ello resulta casi imposible de resumir con un mínimo de justicia. Por ello, su formidable trayectoria intelectual no admite una breve semblanza, dejando en su lugar la eliotiana impresión de un “puñado de imágenes rotas”.

Vázquez Montalbán escribió y publicó de manera intensa y extensa a lo largo de los últimos cuarenta años, y es ampliamente reconocido en sus múltiples facetas creativas, como original novelista y ensayista, brillante periodista y comunicador, y poeta de distinción, destacándose en áreas tan heterogéneas como la novela negra, los medios de comunicación de masas, la memoria histórica y la cultura popular española. Entre sus heterogéneos trabajos se encuentran ensayos políticos y manifiestos culturales de signo vanguardista. Escribió teatro, canciones para musicales, un libreto de ópera con el pintor surrealista Salvador Dalí, y numerosos volúmenes sobre la gastronomía regional española. Publicó más de cien libros diversos y redactó literalmente miles de artículos y columnas de diario. Es también responsable de la creación de uno de los más conocidos personajes novelescos de la literatura española contemporánea, el detective gallego-catalán Pepe Carvalho, el cual le ha dado renombre mundial. Vázquez Montalbán fue también comentarista y creador de opinión, con una presencia habitual en diarios y revistas, y participó en infinidad de tertulias y entrevistas en programas radiofónicos y televisivos.

Como se desprende de este breve y fragmentado repaso de su vasta actividad intelectual, la obra de Vázquez Montalbán atraviesa las fronteras estrictas de los géneros literarios, y subvierte categorías tradicionales de cultura alta y baja, combinando lo ficcional y lo histórico, el ensayo y la novela, el periodismo y la literatura, y temas tan diversos y aparentemente alejados entre sí como la gastronomía y el erotismo, el fútbol y el nacionalismo, la sexualidad y la política, los medios de comunicación de masas y la memoria histórica. De hecho, la destacada reivindicación de la memoria histórica, personal y colectiva, forma un hilo común en toda su obra, acompañada de una característica mezcla de ironía ácida y lúcida observación, en ocasiones radical y provocadora, en su análisis de cultura contemporánea española y su lugar en el mundo globalizado. Su ecléctica obra adquiere gradaciones de realismo crítico, surrealismo, vanguardismo, posmodernismo deconstructi-

vista, con la ironía como filtro de la realidad y forma de desacato al orden —todo tipo de orden y poder, político, económico, cultural, literario— y el collage como técnica aglutinadora y resultado de una visión contrastada y fragmentada de la realidad, resumida también en los versos de T. S. Eliot: “Tú solo conoces un puñado de imágenes rotas sobre las que se pone el sol”.

Como hemos señalado con anterioridad, Vázquez Montalbán utilizó frecuentemente como repetido intertexto en muchas de sus obras los famosos versos de *La tierra baldía* de Eliot, “Abril es el mes más cruel/ mezcla memoria y deseo”. El título de su ciclo poético que va desde 1963 a 1996 es precisamente *Memoria y deseo*. De hecho, estos dos términos pueden definir el eje principal de toda su obra, como manera de percibir, comprender y transformar la realidad, y son temas constantes que definen el núcleo intelectual, moral y emocional de su obra. Mezclando memoria y deseo, Vázquez Montalbán cumple la función dual del archivero y el visionario: en su obra se mezclan crónica y utopía, la reconstrucción del pasado y la construcción del futuro, la “educación sentimental” —o como diría Almodóvar, “la mala educación” del pasado— y la catártica liberación de su prisión, el retorno de lo siempre reprimido y la emancipación de lo marginal y lo subalterno.

La memoria y el deseo son los principios definitorios que constituyen la identidad, tanto personal como colectiva, y también marcan una posición ética contra la borradura de la memoria histórica, y contra la represión de los deseos y sueños, tanto individuales como sociales. Esta correlación entre el principio del compromiso de la memoria histórica y el principio de placer, a menudo visto como disyuntiva, fue ilustrado en la obra metateatral *Marat/Sade* (1968) de Peter Weiss, tan influyente en la generación de Vázquez Montalbán, basada en las figuras históricas del revolucionario francés Jean-Paul Marat y el Marqués de Sade, como encarnación de los dos principios revolucionarios, falsamente opuestos, entre cambiar la historia (invocado por Marx) o cambiar vida (invocado por Rimbaud).

Sin embargo, la memoria y el deseo no son necesariamente contradictorios. El reconocimiento de las lecciones del pasado nos permite imaginar un futuro diferente y mejor, sin repetir los errores y los horrores del pasado. Así mismo, el binomio de Marat/Sade no está necesariamente en oposición. La barrera entre historia y vida, lo público y lo privado, es atravesada y negociada constantemente.

Vázquez Montalbán también describió toda su obra creativa enmarcándola fundamentalmente en dos géneros fundamentales: la crónica y la

poesía, dos impulsos diferentes y complementarios, y dos modos diferentes de expresión, los cuales así mismo son a menudo interrelacionados. Por un lado, el territorio de la memoria, lo histórico, narrativo, testimonial, archivístico; por otro lado, lo poético, subjetivo, surreal o visionario, el territorio del deseo. Continuamente cruzándose entre sí, y produciendo resultados híbridos como la “crónica sentimental”, el “manifiesto subnormal”, la “crítica utópica” y el mestizaje de formas que caracteriza toda su obra creativa.

Como un confeso mestizo cultural, en su origen, educación y su trayectoria entre lenguas, culturas y clases sociales, la obra creativa de Vázquez Montalbán podría describirse como quintaesencialmente híbrida, constantemente moviéndose como un francotirador en las fronteras de los géneros y tradiciones literarias. Su carrera literaria ha sido caracterizada por su posición en los márgenes, desde un punto de vista político, sociocultural, y literario. Su trayectoria ha mostrado un esfuerzo consciente de compromiso con sus orígenes, en un permanente diálogo con la memoria histórica como forma de resistencia cultural y política, en contra de los intentos por silenciar las páginas incómodas del pasado.

Es importante mencionar aquí algunos breves detalles biográficos que han influido en la formación de su memoria cultural y en su toma de conciencia del compromiso del escritor con sus raíces. Vázquez Montalbán provenía de una familia de orígenes humildes; sus padres eran inmigrantes de provincias que vinieron a Barcelona en las primeras décadas del siglo pasado atraídos por las perspectivas de una vida mejor en una ciudad industrial. Su padre, Evaristo Vázquez, era de la Galicia interior rural y su madre, Rosa Montalbán, de un pueblo de Murcia. Se asentaron en el Distrito V, un barrio de gente trabajadora cercano al puerto y popularmente conocido por su *barrio chino*, poblado por obreros industriales y portuarios, otros inmigrantes recién llegados, así como por grupos marginales como los gitanos, en muy duras condiciones. En las primeras décadas del siglo, y especialmente durante los años de la República, estos barrios de trabajadores estaban altamente politizados y se convirtieron en caldo fértil para los movimientos de izquierdas y nacionalistas catalanes.

A la caída de Barcelona y la entrada de las tropas franquistas, Evaristo Vázquez, republicano y militante del PSUC, se exilia en Francia. A los pocos meses del nacimiento de Manuel, en el verano de 1939, el padre regresa a Barcelona del exilio e inmediatamente es detenido. Las tropas de Franco

acababan de conquistar la ciudad de Barcelona tres meses antes. El primero de abril se puso punto final a la Guerra Civil y se inició un largo período de represión masiva. En un acto de supervivencia, una gran parte de los republicanos catalanes escogieron el camino del exilio; los que se quedaron padecieron persecución y represión, y muchos perdieron sus vidas. Barcelona, el epicentro del nacionalismo catalán, se oponía a la idea de la España imperial de Franco, y como cabeza de punta de la industrialización, los movimientos obreros socialistas, comunistas y anarquistas tenían una gran fuerza. Después de la guerra, Barcelona se convirtió en una ciudad ocupada y sus habitantes, particularmente los nacionalistas catalanes, los republicanos e izquierdistas, y los integrantes de movimientos obreros, fueron sometidos a una dura represión política y cultural.

Como muchos otros, Evaristo Vázquez fue enviado a prisión y recibió la pena de muerte, la cual posteriormente fue conmutada a veinte años de cárcel. Este acontecimiento dejó una definitiva marca en la memoria infantil de Manuel que le acompañaría siempre. Los años de libertad durante la República, los horrores de la Guerra Civil y su legado de represión, omitidos de la historia oficial durante la dictadura, también se refugiaron en la memoria colectiva de los vencidos, conformando dos abrils míticos: El 14 de abril de la Segunda República y el primero de abril de la victoria de Franco. Las memorias de aquellos terribles años de la primera posguerra vividos dentro de las fronteras del Distrito V, en un ghetto político y cultural separado de la victoriosa sociedad burguesa más allá de la barrera invisible del *barrio chino*, siempre acompañará a Vázquez Montalbán. Una de las principales características presente en toda su obra es precisamente la recuperación de la memoria histórica de aquel pasado borrado en el discurso franquista, el cual permaneció olvidado incluso después de la restauración de la democracia tras la muerte de Franco, con lo cual se produjo un doble olvido y borradura de la historia. Por ello, la memoria de Vázquez Montalbán siempre estuvo asociada a una conciencia de clase, a sus orígenes, y a la resistencia política y cultural al franquismo.

El otro aspecto fundamental de la formación identitaria de Vázquez Montalbán tiene que ver con la hibridación cultural y el mestizaje, lingüístico, social, cultural, entre la cultura popular, del barrio, de trabajadores e inmigrantes, y la cultura alta, académica, burguesa, catalana, a la que tiene tardío acceso a partir de su entrada en la universidad. El acceso a la universidad representó el robo del lenguaje de los dioses, la toma de conciencia

política y el activismo clandestino, y la experiencia de reclusión en la cárcel de Lérida, en un ambiente intelectual politizado donde escribió sus primeras obras. Es por este cruce de vivencias, conocimientos e influencias, que Vázquez Montalbán se reconocía siempre como un mestizo cultural, como su personaje Pepe Carvalho. De hecho una de las muchas contribuciones de Vázquez Montalbán al campo literario y cultural español fue la recuperación e integración de la cultura popular y la alta cultura, y la borradura de las fronteras entre géneros y subgéneros. Por ello en su obra se dan la mano Conchita Piquer y Ausiàs March, Antonio Machín y Adorno, todos los hermanos Marx, pero especialmente Groucho y Carlos, Paul Gauguin y Mecano, Melanie y Pau Riba, James Bond y James Joyce. Su heterogeneidad visceral se ve reflejada en la elaborada técnica del collage utilizada en todas las diversas manifestaciones de su obra, de la novela al ensayo o la poesía, en la que se acumulan influencias del cine, la canción, la literatura, los medios de comunicación, la teoría política, o la publicidad, conformando un fragmentado mosaico como un puñado de imágenes rotas.

En 1969 la revista *Triunfo* publicó una serie de ensayos de Vázquez Montalbán sobre la cultura popular de la posguerra española bajo el título de “Crónica sentimental de España”. Los ensayos tuvieron una acogida fulgurante, catapultando a Vázquez Montalbán al éxito y convirtiéndole en una figura reconocida en el campo cultural español. Estos trabajos inauguraron un nuevo género en España, que el autor denominó “crónica sentimental”, mezcla de rememoración y análisis cultural, geometría y compasión, a caballo ente la escritura creativa personal del Nuevo Periodismo y los estudios culturales de la Escuela de Fráncfort, algo totalmente novedoso en el enrarecido campo cultural español de la época. Con un planteamiento irónico y lúcido al mismo tiempo, sus originales perspectivas sobre la música popular, el fútbol, la radio y el cine, chocaban con la ortodoxa *intelligentsia*, ya que no eran vistas simplemente como reflejo de una cultura y una ideología impuestas desde arriba, sino que también se contemplaba la posibilidad de dar una doble lectura a la cultura popular y recanalizar estos vehículos para la contestación al sistema.

Posteriormente publicado como libro, *Crónica sentimental de España* proporcionaba un brillante análisis de la identidad cultural de la posguerra española a través de la creación y consumo de mitos populares, y la apropiación y reescritura de los discursos oficiales que subvierten su intención original, como las coplas, canciones que contenían una carga de exceso emo-

cional para sobrevivir una posguerra y que iban más allá de sus aparentes intenciones, con unas protagonistas femeninas que estaban en las antípodas de los ideales del buen comportamiento defendidos por el régimen.

TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA SUBNORMALIDAD

En el mismo año de 1969 Vázquez Montalbán publicó su primer libro de narraciones, que incluía su primera novela *Recordando a Dardé*, junto con una colección de relatos breves. Esta novela inauguró el nuevo género experimental de la “política-ficción” caracterizado por la descripción de acontecimientos políticos ficticios en un marco hipotético. *Recordando a Dardé* ya mostraba señales de una nueva poética “subnormal” que dominaría la obra creativa de Vázquez Montalbán en los años siguientes, y que el autor explicaba como el resultado del *ménage à trois* entre Marat, Sade y Franco: el gran debate entre la revolución social y la revolución vital de *Marat/Sade*, con Franco espionando tras las cortinas. Por un lado, reflejaba las contradicciones del intelectual dentro de la moderna sociedad de masas consumista y la conciencia de sus propias limitaciones, su posición de liminariedad cumpliendo una función complementaria a la normalidad y el orden establecido, así como el desencanto del post-mayo del 68, la alienación y el ahogo producido por la falta de libertad. Por otro lado, la conciencia del callejón sin salida de las propuestas literarias tradicionales, y la necesidad de buscar nuevas alternativas. Optaba así por una nueva vanguardia estética e ideológica que proponía la subversión de las prácticas literarias tradicionales por medio de la transgresión de las convenciones narrativas, la técnica del collage, la mezcla de géneros y el uso de ironía y la parodia, lo surreal y lo absurdo, como formas de crítica social y respuesta a la propia subnormalidad del sistema.

Continuarían y amplificarían esta misma vena “subnormal” otras obras de difícil clasificación genérica: una teoría de la expresión cultural de la subnormalidad como actitud crítica frente al sistema –*Manifiesto subnormal* (1970)–, una obra de teatro/cabaret intelectualizado que nunca llegó a estrenarse por problemas con la censura (*Guillermotta en el país de las Guillerminas*); y una serie de narraciones híbridas que se podrían parecer a la antinovela –*Yo maté a Kennedy* (1972), *Cuestiones marxistas* (1974) y *Happy end* (1974).